

Guillermo Thorndike

BIBLIOTECA THORNDIKE

CRÓNICA

LIMA - PERÚ

En la madrugada del 9 de julio de 1990, cuarenta y siete terroristas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) fugaron del presidio de Canto Grande a través de un túnel de trescientos veinte metros de

largo construido desde una vivienda cercana y que logró pasar por debajo de los muros de una prisión catalogada como de máxima seguridad. Los fugitivos fueron el cabecilla Víctor Polay Campos, alias Camarada Rolando, cuadros principales y militantes rasos de una organización que durante los seis años anteriores causó zozobra en el país con brutales asesinatos y crueles secuestros con millonarios rescates.



Los topops

La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande

Los topos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Los topos

(Biblioteca Guillermo Thorndike)

©2019, Guillermo Thorndike

Curador: Umberto Jara

Fotografía de portada: Archivo personal de Umberto Jara

Corrección de estilo: Teo Pinzás y Elizabeht Bautista

Diseño de portada: Departamento de Diseño de Editorial Planeta Perú

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: julio 2019

Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-4431-90-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501201900800

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-10107

Impreso en Cecosami S.A.

Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú

www.cecosami.com

Lima – Perú, septiembre 2019

GUILLERMO THORNDIKE

LOS TOPOS

La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande

LA HISTORIA DE ESTE LIBRO

NADIE PRESTÓ ATENCIÓN a la rústica casita edificada con apuro y sin gracia en la calle Partisan, una calle mal trazada en el arenal y perdida en la última fila de la invasión que se detuvo a trescientos metros de la prisión de Canto Grande. En el vecindario de modestos trabajadores no había casi nadie cuando a mitad de la mañana del 9 de julio de 1990, decenas de policías armados trajeron abajo la puerta de aquella casa levantada en el lote 13 de la manzana D. Tras el agitado y alarmado contingente policial, arribaron en tropel los periodistas y entonces el país se enteró con asombro y temor de una noticia insólita: detrás de esas paredes se había construido un ducto que descendía a ocho metros bajo tierra para convertirse en un túnel de un metro y medio de ancho y trescientos veinte metros de largo. Lo había diseñado un modesto y hábil maestro de obra que logró conducir el pasadizo por debajo de los muros del presidio de máxima seguridad hasta abrir su boca final en un patio de tierra que los reclusos conocían como la «tierra de nadie».

Por ese túnel, en la madrugada del 9 de julio de 1990, fugaron cuarenta y siete terroristas del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Se marcharon el cabecilla Víctor Polay Campos, alias Camarada Rolando, cuadros principales y militantes rasos que en los seis años anteriores habían causado zozobra en el país con brutales asesinatos y crueles secuestros con millonarios rescates.

En la noche de aquel 9 de julio, el director del diario *Página Libre*, Guillermo Thorndike Losada, ya no estaba preocupado por la cobertura

de ese día. Tenían la información y, al igual que toda la prensa peruana, habrían de divulgar la noticia de un escape que trascendió las fronteras del país. Thorndike empezó a tener otra inquietud que lo ponía ansioso. Ese grave episodio escondía una espectacular historia. ¿Cómo se hizo ese túnel? ¿Cómo lo planificaron? ¿Cuánto tiempo tardaron? ¿Cómo pudieron llevar cemento, arena y utensilios de construcción sin despertar sospechas? ¿Quién o quienes lo diseñaron y cuántos lo ejecutaron? ¿Cómo y a dónde trasladaron la tierra extraída? ¿Cómo calcularon para llegar con exactitud a la «tierra de nadie»? ¿Cómo salieron de sus celdas los prófugos, hombres y mujeres, y cómo se marcharon a sus escondites en la ciudad?

Allí estaba, junto a la noticia del día, una extraordinaria historia encendiéndose en la cabeza de ese director de diario que era, sobre todo, un periodista de extrema curiosidad y escritor a la caza de buenas historias. Semanas más tarde ocurrió con él lo que ocurre con un periodista cuando decide ir tras una historia que desea hacer suya para relatarla.

Una reportera de la sección «Policiales» del diario *Página Libre*, le confió a su director que ella podía hacer contacto con el MRTA para reconstruir el episodio. El contacto efectivamente se estableció. En el Perú de ese tiempo podías darte con sorpresas como esa: el compañero de la sala de redacción, el amigo menos pensado o el tranquilo vecino tenía un peligroso secreto que de pronto asomaba. Y así, una tarde le dieron aviso a Thorndike: a la mañana siguiente debía dirigirse a un café en Miraflores donde lo esperarían para llevarlo, con destino desconocido, el tiempo que fuese necesario para entrevistar al jefe emerretista Víctor Polay y a los principales protagonistas de la fuga.

La señora Rosario del Campo, viuda de Thorndike, es una mujer inteligente, afectuosa, con sentido del humor y fue siempre partícipe de las aventuras periodísticas de su marido. Por eso, aquella vez, en lugar de disuadirlo de esa incursión desconocida con terroristas fugados de prisión y escondidos en vaya uno a saber qué lugar de la ciudad, le preparó algunas mudas de ropa y los utensilios de aseo. El invierno ya había transcurrido, de modo que las vestimentas ligeras cupieron en un pequeño maletín. Con ese equipaje liviano, el robusto Thorndike, con su melena enrulada, su frondoso bigote, sus gruesos lentes y sus cincuenta años de edad, subió a un taxi y descendió en el establecimiento indicado. Al cruzar el umbral de

la puerta, lo saludó con familiaridad fingida una joven mujer y le pidió que salieran del lugar. «Lo gracioso fue —rememora hoy Charo Thorndike— que en una mesa estaban dos amigos del gordo que le pasaron la voz y él los ignoró; entonces, ellos se quedaron con la idea de que Guillermo estaba de aventura con la señorita emerretista».

La pareja subió a una camioneta. La mujer tomó el asiento delantero, el periodista recibió la orden de tumbarse en los asientos posteriores, le colocaron cinta Scotch en los ojos y el vehículo inició un recorrido errático hasta ingresar a la cochera de una casa. La mujer condujo a Thorndike hasta una habitación sin ventanas y en la que había una mesa, una cama y un baño. Quedó a cargo de dos hombres cubiertos con unas capuchas mitad rojas y mitad blancas con agujeros para los ojos y una rendija para la boca. Le preguntaron qué iba a necesitar y el periodista respondió: una grabadora, casetes, libretas para anotar, varios lapiceros, un cartón de cigarrillos Marlboro Light y una botella de vodka. «No podía pedirles un whisky imperialista —dice Charo— y prefirió pedirles un vodka; el gordo pensaba que le podían traer un buen vodka ruso, pero le trajeron uno comprado en la bodega con los cigarrillos». Fue una botella de Orloff, un toscó vodka de precio popular.

La tarea se inició con entrevistas a los personajes que, por turnos y a lo largo de varios días, fueron ingresando a la habitación siempre cubiertos con una capucha. Hacía calor en el reducido recinto sin una ventana, de modo que la singular escena retrató la conversación de un robusto hombre que recibía en calzoncillos y camiseta a sujetos a los cuales solo se les veía los ojos y los labios moviendo la tela que los escondía. Al quinto día, sin noticia alguna sobre el paradero de su marido, la esposa de Thorndike recibió una llamada. Un hombre le anunció con solemnidad que «el camarada Guillermo tenía que quedarse más días, que estaba bien y que no se preocupara». Ella respondió: «Cuanto antes lo devuelvan mejor para ustedes, porque les va a salir caro, se va a comer todo».

Retornó a los ocho días. La anécdota final está toda hecha de insólita casualidad. Su hijo, Augusto Thorndike del Campo —hoy conductor de televisión y en ese entonces con trece años de edad—, transitaba en un vehículo del diario *Página Libre* por la avenida Paseo de la República, casi llegando a Canaval y Moreyra, cuando el chofer Alfredo le dijo:

«Mira, allí está el señor, tu papá». «Mi viejo estaba caminando por la avenida, despeinado y con un maletín —recuerda Augusto—. En casa, mi hermana y yo nunca supimos a dónde se había ido. Mi mamá solo nos dijo que estaría ausente y de pronto me lo encuentro en la calle. Lo subimos al auto y lo llevamos a casa».

Guillermo Thorndike tenía el maletín cargado de casetes y libretas llenas de apuntes. Con ese material escribió esta extraordinaria crónica: *Los topos, la fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande*.

UMBERTO JARA

Buenos Aires, octubre de 2019

NOTA DE AUTOR

Algunos de los personajes que aparecen en esta obra pertenecen a la ficción. El autor sabe que la identidad de quienes no figuran con sus nombres y apellidos ha sido cambiada por quienes le relataron los hechos, pero la historia es real, tal como la cuentan sus protagonistas del MRTA.

CANTO GRANDE

DEL CENTRO A LA PERIFERIA DE LIMA parece que hubiera cuatro horas de viaje y cuatrocientos años de distancia. Lo más antiguo quedó atrapado por incontables anillos de una metrópolis en explosión, de modo que, si se pudiese rebanar cimientos y murallas, quedaría al descubierto la longevidad de la piedra, sus distintas edades. Lo más viejo se había edificado con caña y barro, noble quinchá que aún soportaba las fantasías palaciegas de españoles y criollos. A excepción de unos cuantos frontispicios tallados en ese hermoso granito rosagris que se desprende de los abismos andinos, lo demás era mentira. Torres, almenas, frisos: todo de barro y yeso. El Perú era gobernado desde una ciudad salida de la imaginación y que, sin embargo, permanecía en su sitio, un poco encorvada a fuerza de soportar terremotos, con sus incontables campanarios en desorden. ¿Dónde el principio y en qué parte el fin del laberinto? ¿Cómo encontrar el comienzo de las horas? ¿Qué rastro habría de seguirse? Aquí humoso desorden, también allá, en todas partes desconcierto. Laberinto sin hilo nuestro pasado, pobre apariencia de país esta montaña. La atmósfera es aceitosa impregnación; la lluvia, apenas un velo de agua abandonado en grasientas veredas. Los caminantes tosen acosados por el olor a diésel y fritura, todo tráfico el inmenso comedor callejero, todo cáscara el asfalto blando que se adhiere a incontables sandalias de caucho, todo cuesta abajo los zaguanes orinados por los gatos y el hedor amoniacal de ratas en cimbreantes conventillos, todo derrumbe la pobreza apisonada, en fila de a uno la miseria y de a ninguno la sonrisa y de nadie, nunca, la ciudad

básica, la primera piedra, el acertijo fundamental, el punto de partida, la historia de un país por resolverse.

En la inmensidad urbana, cuya muchedumbre no cesa de acomodarse, por avenidas transformadas en bazares y baratillos, no siempre pueden volar las caravanas de los poderosos. «Abren paso, abren paso, vehículo oficial», anuncia el altoparlante de vanguardia y, adelante, sigue imperturbable el atroz embotellamiento. Constantes aniegos y apagones han arrumado el sistema de semáforos y, si logran brillar, las luces de tránsito titilan enloquecidas, se estancan en el ámbar o se aferran al rojo por sus cuatro costados. Si en verde, los vehículos se detienen, temerosos de la ciega embestida de salvajes infractores. Si en rojo, todos tratan de ganar la otra orilla a fin de no perder tiempo. Veredas y lugares de paso se convierten en espacios sedentarios, bien comarcados, por los que rápidamente se extienden estructuras de madera y techumbres de plástico. Lo insólito, lo perdido, lo robado, a veces lo mejor y más barato, se ofrece, entonces, a los ojos de siempre lentos transeúntes. Sandalias y zapatos solo para el pie derecho. También para el pie izquierdo. Ropa usada. Monedas y billetes antiguos. Asombrosos maestros de ajedrez proponen partidas a cambio de una apuesta. Médicos populares ofrecen curarlo todo: gastritis, angustia, cáncer, flujos y tristeza. Existe de todo: columnas de tres metros de alto hechas de libros y revistas viejas; pirámides alzadas con cerraduras, grifos y artículos eléctricos; zapatos, decenas de miles de zapatos; y carteras, rollos de papel higiénico, horóscopos al paso, los más recientes éxitos musicales. Nada está disperso, nada reunido al azar. Cada calle tiene un atractivo propio, una especialidad. Esta ciudad real parece diseñada por una inteligencia atávica, claramente superior, que asigna un barrio a cada necesidad. Aquí la ropa nueva, la ferretería de primera, los zapatos completos. Allá la ropa usada, los grifos de ocasión, los zapatos izquierdos o derechos. Aquí los cachivaches de utilidad desconocida, el alquiler de revistas porno, la chillona copia de las canciones del momento. Allá los magos, los ajedrecistas, los herbolarios, quienes coleccionan estampillas y monedas viejas. A esta multitud se suman, día y noche, quince, veinte mil cambistas callejeros, que muestran descomunales fajos de billetes. Pronto las angostas veredas de Lima quedan pequeñas y la explosión de mercados debe capturar más asfalto, más calles y avenidas, hasta encajonar la

estruendosa corriente de autobuses. En hileras de a uno se atollan pesados armatostes que van a la buena de Dios, con sus latas derruidas y sus llantas parchadas y vueltas a parchar. Mientras el Estado se cae a pedazos, el Perú sigue su camino, organizándose a su modo. No pregunta. Los pobres solo tienen tiempo para sobrevivir.

La visión se obstina: no ha terminado el éxodo en ninguna parte. Siempre hay alguien que perdió la guerra. ¿Cuándo sumaron multitud los que marchan con su pobre vida auestas? ¿Cómo saber si cambian rostros infinitos o si vuelven los mismos infelices? La vieja muchedumbre se persigue a sí misma, paseando esas cuarenta manzanas del centro limeño que irradian todo el poder de la república. Pasa la gente en latosas caravanas que dejan tras de sí una espesa huella de petróleo mal quemado, hombres y mujeres con sus huesos en posición de muerte, sus ojos en ninguna parte, apiñados en cajones rodantes que repiten un asfixiante itinerario por calles torvas y plazuelas en las que jadean ancianos aplastados por el estruendo. ¿Nunca nadie va a estar en desacuerdo? Qué importa. Nada inolvidable se alza en la capital de estuco y purpurina. Nada.

Del centro a la oscura periferia hay que desandar el tiempo, remontar ásperas distancias. Acaso doscientos años de historia pasan en los primeros diez minutos de viaje. En la vertiginosa sucesión de barrios, en la cada vez más raquífica estatura de parques y arboledas, en el desastre ornamental de la arquitectura, se presiente el regreso del pasado a la ciudad inmediata. Cada año o dos, desde la esponjosa oscuridad, se levantan nuevos pueblos junto a la inmensa urbe vieja. Precarios y remotos, hechos de junco y totora, de cartón y latas, de plástico y periódicos, la toman después por abordaje. Los refugiados del hambre y la paz sucia llegan por desiertos y escarpaduras a plantar sus cañas en la salitrosa costra de los cerros. El instinto peruano los empuja a arraigarse en sedientas laderas. Enarbolan sus banderitas de papel cometa, se envuelven con esteras, forman sus comités de lucha. Parecen venir de todo el planeta: de mesetas barridas por altos vientos andinos, de profundos valles calientes perfumados por retamas y cañas de azúcar, de una selva lluviosa todavía en evolución o de manglares próximos a la línea ecuatorial y también de blancos desiertos en los que el sol raja las piedras. El pedregoso territorio de Lima no consigue intimidarlos. Los hombres grises suben, vienen, vuelven hasta cambiar el paisaje. Se diría

que empujan cerros o que conocen los secretos de la despetrificación, y que sobre sus espaldas cobrizas es tan leve el peso de la roca como el de la hoja de un sauce. Van, sueñan, regresan. Piedra acuñada sobre piedra, rehacen con lentitud su geografía, suavizando el abismo en escalera y la caída en planicie. Todos son constructores, arquitectos, albañiles y matemáticos, todos. De blando polvo a eternidad de pie, amurallan los cantos rodados, tallan la roca, izan ladrillos infinitos, tienden tuberías, inventan la rueda, apisonan caminos, establecen veredas, fundan arboledas y lo que al principio ha sido lamentable soledad, noche total apenas alumbrada por diminutas lenguas de fuego brotando de lámparas a querosene, reaparece con industriosa voluntad de urbe y aumenta su estatura a tres y cuatro pisos, hasta que, al cabo de varias generaciones, resplandecen luces de neón y avenidas principales, y otro anillo de cemento se adhiere a la metrópolis que nunca termina.

Canto Grande había empezado treinta años atrás como una pequeña urbanización de clase media. El Tío Benigno lo recordaba como paradero final de una línea de autobuses. Después se convirtió en lugar de paso, un conglomerado de poblaciones que se sucedían empinándose por quebradas siempre más abruptas, con calles de nombres desconocidos y negocios prudentes y mortecinos que sus dueños clausuraban al anochecer, hasta que el Registro Electoral reconoció oficialmente que Canto Grande se había convertido en el distrito más populoso y que el cinco por ciento de una metrópolis con siete millones de habitantes se había afincado dentro de sus límites. Canto Grande era intensamente provinciano, más que menos socialista, de peligrosa juventud. Pero no crecía por igual en todos sus frentes. Su asombrosa expansión se estancó al acercarse a la gran prisión el mismo día en que fue inaugurada. La gente evitaba el asfaltado desvío que llevaba hacia la cárcel. En verdad, la existencia de la última hilera de casas frente a la tierra de nadie no estaba del todo reconocida. Prohibido edificar, amonestaba un letrero despintado por la humedad y los años. Ya estaba el barrio construido, con las fachadas sin acabar, con techos incompletos, con rejas sin pintura, pero de pie, todas las casas de un piso, con su corralito posterior desde el que era posible contemplar la cárcel. Un cuarto de kilómetro era suficiente distancia y Canto Grande parecía de verdad a prueba de fugas, así que pronto nadie se preocupó por clavar más

carteles. Pero en dos años nadie había mostrado interés por mudarse tan cerca de la prisión y los vecinos ya establecidos se sorprendieron cuando el Tío Benigno y la Tía Rosa preguntaron si quedaba un terrenito disponible.

¿Por qué ahí, en esa parte de Canto Grande, justamente donde el progreso se había estancado? ¿Quiénes eran, de dónde venían? Más preguntón que los demás vecinos, el señor Ayala quiso conocer sus ideas políticas. Debían tener cuidado, explicó después, usted comprenda, nadie quería meterse en complicaciones. Ayala sacaba arena de construcción de la tierra de nadie, en sociedad con sabe Dios qué autoridades carcelarias. Esa relación lo forzaba a informar a la Guardia Republicana si aparecían desconocidos. A su modo, los soldados vigilaban. Uno se encontraba con ellos por el camino, en el mercado, en los paraderos de transporte. En esa zona, los uniformados tenían todo el poder. El Tío Benigno asintió. Por eso mismo era un sitio tranquilo. La Tía Rosa y él ya estaban viejos. Tenían un sobrino, un muchacho trabajador y estudioso. Y a nadie más en el mundo. Viviría con ellos en el nuevo hogar. Por ahí, además, los terrenos bajaban de precio. Y era el mismo suelo que uno encontraba más allá del desvío, donde aumentaban los precios.

Una semana más tarde, los tíos regresaron al barrio, esta vez con su sobrino. Uno a uno saludaron a los vecinos. Dejaron al señor Ayala para el final. El Tío Benigno le obsequió unas naranjas. Pelaron la fruta y la comieron en el jardincito a la entrada de la casa. ¿Han tomado una decisión?, se interesó Ayala mientras se limpiaba la boca con la manga de la camisa. Benigno, el pausado, respondió afirmativamente. Buen clima, dijo el sobrino que se llamaba Martín, y está cerca de Lima. Claro, tenía sus inconvenientes, agua solo dos horas al día y la misma intermitente miseria causada por los apagones. Al fin se animó Ayala a revelar que tenía un terreno de casi cien metros cuadrados. Diez minutos tardó en señalar su ubicación en la punta misma del poblado. De cucullas, a la sombra de las cinco de la tarde, el Tío Benigno conducía la negociación con profunda sabiduría. Los hombres tenían que conocerse antes de cerrar un trato. Hablaron del precio. Ayala pidió una enormidad. El Tío Benigno sacudió la cabeza. No tenía tanto dinero. Iba a pensarlo. Lo volvería a visitar si aún creía posible una transacción. Cuatro días después, Benigno y el sobrino hicieron una contrapropuesta. Regatearon dos horas. Por fin se dieron la

mano. Habían cerrado el trato. Pagaron el terreno con un costalillo lleno de billetes. Antes de una semana habían levantado un cuartito de esteras. El 1 de mayo de 1987, Benigno, Rosa y el sobrino Martín se mudaron a la nueva vivienda, al frente mismo de la prisión de Canto Grande.

En realidad, el Tío Benigno ya sabía que los únicos terrenos sin construir en ese barrio pertenecían al señor Ayala. No compraba para hacerse una casa en la que transcurriera tranquila su vejez, sino para levantar una fachada inocente y abrir un túnel que llegase hasta la cárcel de máxima seguridad. Tampoco estaba solo con su esposa y su sobrino. Ella no se llamaba Rosa y no era su mujer. A Martín se lo habían presentado la víspera. Con su hablar lento y sus movimientos cansados, Benigno había sido albañil solo parte de su vida. Una enfermedad lo salvó de ser exterminado con la guerrilla del MIR en 1965. Había sido de los primeros en unirse al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru en 1983. Tantas veces había cambiado de identidad que a los cincuenta y cinco años casi no recordaba su nombre verdadero. Tenía que construir cuatro habitaciones de ladrillo y cemento antes de que se le reuniera el resto de los topos del MRTA.

La prisión estaba a casi trescientos metros de distancia. El Tío Benigno no se atrevía a imaginar el esfuerzo que significaba un túnel tan largo. Podía tomarles varios años. No importaba. La cárcel no iba a salirse de su sitio. Estaría ahí, siempre.

Un año atrás la habían inaugurado. Poco después de ser trasladados a ella, los tupamaros empezaron a cavar desde el ducto subterráneo al que llegaban los desagües de la prisión. Habían avanzado cincuenta metros y se acercaban a la muralla exterior cuando fueron delatados.

Conforme crecía la insurrección, seguían llegando tupamaros a la prisión de Canto Grande. Al principio eran trece hombres y cinco mujeres. Para abril de 1987 casi se habían duplicado. Cada mes que se cumpliera, su número continuaría aumentando. Si no lograban escapar por sus propios medios, el MRTA tenía que sacarlos. Desconfiaba de los canjes de rehenes. Podían terminar en una matanza. No era posible capturar la cárcel por la fuerza sin librar combate con su guarnición de ciento cincuenta soldados. Una carnicería. No quedaba otra alternativa

que un túnel. Esta vez, sin embargo, lo harían de afuera hacia adentro, tan profundo que fuese imposible escuchar a los topos desde la superficie.

La cabeza blanca y el rostro arrugado echaban encima del Tío Benigno una carga de ancianidad. Sin embargo, conservaba la musculatura de un hombre de cuarenta y la agilidad de un adolescente. Prefería pensar todo lo que hacía, hasta las pequeñeces. Al caminar miraba bien dónde pisaba. Antes de morder estudiaba el bocado. No fumaba. No le gustaba la cerveza y aborrecía el aguardiente. Muchos años atrás, en una hacienda norteña, había tenido un hijo que murió de viruela negra. Lo recordaba como si fuese una equivocación de su memoria. En una época se había entretenido inventando al hijo que no alcanzó a vivir. Olvidó a la criatura inflada, purulenta, sancochada por la fiebre, y, en su lugar, creó a un joven a su imagen y semejanza, que lo acompañaba en sus fantasías de hombre viejo y solo hasta que un día se cansó de engañarse. A lo mejor el hijo habría llegado a ser como el padre lo imaginaba. Tal vez. Nunca nadie lo sabría. A Benigno lo habían torturado muchas veces. Antes de las guerrillas, ya lo habían apaleado y encarcelado con todo su piquete de huelguistas. Conocía la humillación, la vergüenza, el llanto que nace de la furia. El mundo estaba podrido, lleno de engaño. Tenía que cambiar, arrepentirse, ser de todos o de nadie. Pasado el medio siglo de existencia, el Tío estaba acostumbrado a la soledad. Hablaba poco, meditando cada palabra. De ahí su fama de hombre pausado y precavido. Nunca antes había trabajado en un túnel. Sin embargo, conocía de pozos artesianos. Ahí tendría que bajar dieciocho metros antes de dirigirse a la prisión. Tenía la sensación de que el túnel ya existía bajo tierra, como un enorme gusano hueco, una oquedad secreta. Era preciso rastrearlo y descubrirlo. A ratos ponía las palmas sobre el suelo y creía percibir un leve estremecimiento. El túnel esperaba.

Martín se impacientaba. Quería que se les unieran los topos, arrancar la excavación. ¿Cuándo empezamos? Hum, contestaba el Tío mientras apilaba ladrillos y aplicaba la plomada. Primero debían establecer la fachada. Aún no tenía en dónde esconder a los topos. Tampoco quería apurar la construcción de la casa. Hubiese podido contratar ayudantes, traer cemento y arena por camionadas, acabar la casa en seis semanas. Pero los pobres construían con lentitud, se acomodaban entre paredes y techos a medio

terminar. No quería destruir la humilde imagen que ya le había aceptado el vecindario. Martín era joven. Estaba al mando de la operación. Solo porque era fervoroso partidario de la disciplina era que el Tío Benigno toleraba algunas de sus decisiones. Con el paso de los días, comprendió que ambos eran igualmente obstinados. Aunque a solas reconocía al mismo Martín siempre, Martín era capaz de ser varias personas a la vez. Sobrino ahora, estudiante, un poco tímido, algo doctoral. Taimado comerciante cuando partía a conseguir herramientas, también charlista, leguleyo. Se había hecho pasar por policía, escribano, médico, periodista. En el partido lo conocían como Martín, el Astuto. En Canto Grande era quien trataba con los vecinos. Discretamente piropeaba a las señoras, prestaba ayuda en las tareas comunales, pronto los padres lo usaban como ejemplo para sus hijos. Trabajador, serio, lleno de entusiasmo y de ganas de vivir. Decía estudiar Comercio, Contabilidad. Llegaría lejos. Las jóvenes casaderas lo invitaban a pasear, ardían por encontrarlo en los bailes del colegio parroquial. Al fin completas las siete paredes, el Tío Benigno procedió a encofrar los techos. Dentro de poco podría entrar la vanguardia de los topos. Esta vez Martín hizo llevar una ruma de bolsas de cemento y todo un camión de pedregullo. En la entrada pusieron una puerta de fierro, enchapada con una plancha de metal. La Tía Rosa sembró un arbolito, señal de que se habían establecido. Martín descubrió entonces que, entre sábados y domingos, el Tío Benigno había empezado a excavar el pozo.

Benigno dibujaba el túnel con rústicos trazos de lápiz: una entrada profunda, rectangular y áspera; una estancia subterránea; y un socavón después, en forma de trapecio, con horcones y vigas a cada cinco metros de distancia. Después removió la tierra como quien tantea la dureza del suelo. Al fin cavó un agujero de un metro y medio de profundidad. No será tan difícil, explicó a Martín, sacarían el desmonte en sacos de yute que podrían vaciar lejos de Canto Grande. Llegar a la prisión no debía tomarles más de un año.

Martín había salido la mañana en que un pelotón de la Guardia Republicana llegó al barrio para censar a la población. Aunque los presos del MRTA estaban en Canto Grande desde 1986, los de Sendero Luminoso se habían

resistido al traslado. Decían que el Gobierno quería liquidarlos en la nueva cárcel de máxima seguridad. Preferían quedarse solos en El Frontón, una roca pelada que emergía frente a Lima, o en los menesterosos tugurios de Lurigancho, donde eran dueños de un pabellón que ellos consideraban territorio liberado. En verdad preparaban un motín con captura de rehenes, que sorprendió al gobierno aprista de Alan García cuando se reunía en el país la Internacional Socialista. La sublevación había sido aplastada con un baño de sangre. A los senderistas de Lurigancho los tumbaron en el suelo para dispararles ciento treinta y cinco veces un sumario balazo en la nuca. En la isla habían intentado resistir. Sobrevivían treinta y siete de doscientos. Ahora llegaban otros presos de Sendero Luminoso y el Gobierno extremaba las medidas de seguridad. Los soldados de la República se dispersaron en grupos de a tres cuando entraron al barrio. El vecindario les era familiar. En la curva que llevaba a la cárcel había un mercadito donde resultaba inevitable que las vecinas conocieran a los guardias. Varias señoras vendían alimentos y cigarrillos casi al pie de la prisión. Para trabajar en la arenera del señor Ayala, los peones tenían que pasar frente al retén. Los guardias no desconfiaban. Durante la mayor parte del siglo, los republicanos habían dependido del Ejército. Dos años antes habían dejado de ser una fuerza auxiliar para convertirse en uno de los tres cuerpos que integraban la Policía Nacional. Traían arreos de combate, chalecos blindados, fusiles de asalto, granadas al cuello. Un cabo se detuvo frente a la casa a medio construir, a cuya puerta salía el Tío Benigno con su aire cansado para decir buenos días joven, en qué lo puedo servir. Estaban censando a la población por orden superior. Sin sospechar que visitaba una base del MRTA, el cabo soltó sus preguntas. ¿Cuántas personas viven en la casa, cómo se llaman, a qué se dedican, desde cuándo son vecinos de Canto Grande? Luego el cabo pidió documentos de identificación. El pausado Benigno entró a la casa. Gris y enjuta, la Tía Rosa escuchaba en la penumbra con un revólver en la diestra. Benigno salió al rato con sus papeles falsos. Dictó los números y el cabo se dio por satisfecho; disculpe la molestia, señor; buenos días, señor.

De regreso al anochecer, Martín comprendió que habían trabajado en vano. Tan pronto la Policía confrontase los números que había proporcionado el Tío Benigno con los del Registro Electoral, descubriría la existencia

de impostores en el vecindario. Al otro día, Martín y la Tía Rosa se habían marchado. Benigno clausuró las habitaciones y visitó a sus vecinos. Una tragedia familiar lo forzaba a partir. Ignoraba cuándo regresaría. Encargó el cuidado de su propiedad al señor Ayala y se fue con un costalillo al hombro, medio encorvado por la calle polvorienta.